

*Emilio y Terencio Varrón, cónsules. – Disposiciones del Senado para la campaña siguiente. – Toma de la ciudadela de Cannas por Anibal. – Se aumenta el número de las legiones.*

Llegado el tiempo de las elecciones, se eligió en Roma por cónsules a L. Emilio y C. Terencio Varrón, y los dos dictadores depusieron el mando. Los cónsules anteriores Cneo Servilio y Marco Régulo, sucesor en el cargo por muerte de Flaminio, nombrados procónsules por Emilio, tomaron el mando de las legiones que se hallaban en campaña y dispusieron de todo su arbitrio. Emilio, con parecer del Senado, reemplazó prontamente el número de soldados que faltaba para la suma establecida y los envió al ejército (año -217). Previno a Servilio de que de ningún modo se empeñase en acción decisiva, pero que diese particulares combates, los más vivos y frecuentes que pudiese para excitar y disponer el valor de los bisoños a las batallas campales. Estaba persuadida la República que no había sido otra la causa de sus anteriores infortunios que el haberse servido de tropas recién alistadas y del todo inexpertas. Se envió a L. Postumio con una legión a la Galia, en calidad de pretor, para hacer una diversión a los galos que militaban con Anibal. Se cuidó de que regresase a Italia la armada que había invernado en Lilibeo. Se remitió, en fin, a España para los dos Escipiones todas las municiones necesarias a la guerra. De esta forma se esmeraba el Senado en atender a estos y otros aparatos para la campaña. Servilio, recibidas las órdenes de los cónsules, se atuvo en un todo a lo que le prevenían. Por eso será excusado que nos dilatemos más sobre sus acciones, puesto que, bien sea por las órdenes, bien por las circunstancias del tiempo, no se ejecutó absolutamente cosa que merezca la pena de contarse. Solamente hubo frecuentes escaramuzas y encuentros particulares, en que los procónsules se llevaron el lauro, mostrando valor y conducta en todo lo que manejaron.

En el transcurso del invierno y toda la primavera permanecieron los dos campos atrincherados, uno frente al otro. Pero llegada la cosecha de los nuevos frutos, Anibal levantó el campo de Gerunio y, persuadido de que le convenía de todos modos colocar al enemigo en la necesidad de una batalla, tomó la ciudadela de Cannas, en donde los romanos habían acopiado los víveres y demás municiones desde las cercanías de Canusio, y de donde sacaban los convoyes necesarios para

el ejército. La ciudad había sido arrasada en el año anterior; por esto ahora la pérdida de provisiones y la ciudadela puso en gran consternación al ejército romano. Efectivamente, la toma de esta plaza por el enemigo les incomodaba, no sólo porque les cortaba los convoyes, sino también porque se encontraba en una situación que dominaba la comarca. Los procónsules despacharon a Roma continuos correos para informarse de lo que se debía hacer; con que, si se aproximaban al enemigo, era inevitable una acción, estando el país talado y los ánimos de los aliados pendientes de lo que ocurriría. El Senado decidió que se diese la batalla. Pero advirtió a Servilio que la suspendiese, y envió allí los cónsules. Todos echaron los ojos sobre Emilio y fundaron en él las mayores esperanzas, ya por la probidad de sus costumbres, ya porque, a juicio de todos, había conducido poco antes la guerra contra los ilirios con valor y con ventaja. Se decretó que se hiciese la guerra con ocho legiones y que cada una se compusiese de cinco mil hombres, sin los aliados, cosa hasta entonces nunca vista en Roma. Pues, como hemos dicho antes, los romanos alistaban siempre cuatro legiones, y de éstas cada una comprendía cuatro mil infantes y doscientos caballos. Pero cuando ocurre alguna necesidad muy urgente, se compone cada legión de cinco mil de a pie y trescientos caballos. Por lo que hace a los aliados, el número de infantes iguala con las legiones romanas, pero el de caballos es superior en tres veces. Se acostumbra dar a cada cónsul la mitad de las tropas auxiliares con dos legiones cuando se le envía a alguna expedición. Y así es que la mayor parte de las batallas las decide un solo cónsul con dos legiones y el número de aliados que hemos dicho. Rara vez se hace uso de todas las fuerzas a un tiempo y para una misma expedición. Muy sobrecogidos y temerosos del futuro debían estar entonces los romanos cuando resolvieron hacer la guerra a un tiempo no sólo con cuatro, sino con ocho legiones.